

LESTER DEL REY
NERVIOS



¡Un convertidor atómico ha hecho explosión!

Los operarios de la gigantesca planta atómica de Kimberly sabían lo que eso significaba, pero no les quedaba tiempo para reflexionar.

Los procesos ultramodernos que acababan de ponerse en marcha estaban fuera de control y el único hombre que conocía el medio de neutralizar su mortífero poder de destrucción se hallaba atrapado en el interior, entre un remolino de materiales radiactivos.

Si no era posible frenar la reacción nuclear errónea, la mitad del planeta quedaría arrasada en el plazo de unas horas.

Con esta novela LESTER DEL REY demuestra una vez más lo aciertos de los autores de ciencia ficción en materia de previsión futurista.

A Frederik Pohl
por su insistencia, persistencia,
asistencia... ¡y existencia!

1

El zumbido discordante del teléfono importunó el sueño del doctor Ferrel. Los esfuerzos de éste para aislarse, hundiendo la cabeza bajo la almohada, no hicieron sino despertarte más ante aquel ruido ingrato. Un poco más allá, oyó a Emma que se agitaba inquieta. A la tenue luz de la madrugada apenas podía distinguir su cuerpo bajo las sábanas.

¡Aquellas no eran horas de despertar a nadie!

Ya en las últimas brumas de sus sueños, fue invadiéndole una sensación de resentimiento. Se levantó y buscó a tientas algo que ponerse. Un hombre que se acerca a los sesenta, con canas y tripa que lo demuestran, debería tener derecho a descansar en paz. Sin embargo, el teléfono seguía insistiendo. Salió de la habitación y, al llegar a la escalera, empezó a temer que dejara de sonar en cualquier momento. Llegar demasiado tarde sería ya el colmo de los males.

Estuvo a punto de caerse por las escaleras antes de llegar al aparato.

—Ferrel al habla.

Al otro lado, la voz parecía una mezcla de alivio y fatiga.

—Soy Palmer, doc. ¿Te he despertado?

—Si te parece, íbamos a empezar a cenar a estas horas —respondió Ferrel en tono cortante. Palmer era el gerente de la planta atómica en la que el doctor trabajaba y, por lo menos nominalmente, era también su jefe —¿Qué sucede? ¿Acaso tu nieto tiene dolor de estómago, o tal vez la planta ha estallado por fin? ¿Qué es eso de llamarme a estas ho-

ras? Sea lo que sea, creía que me habías dicho que hoy podía olvidarme por completo del trabajo.

Palmer suspiró casi imperceptiblemente, como si hubiese temido aquella reacción del doctor y se hubiera preparado para ella.

—Ya lo sé. Por eso te llamo. Si has hecho algún plan que no puedas modificar no puedo pedirte que lo hagas, por supuesto. Dios sabe que mereces este descanso, pero...

Dejó aquella frase sin terminar. Ferrel se dio cuenta de que era un cebo. Si demostraba algún interés, habría picado el anzuelo. Calló, y al cabo de unos instantes Palmer volvió a suspirar.

—Muy bien, doctor. Comprendo que no tengo derecho a molestarte. Lo que sucede es que no confío demasiado en el tacto del doctor Blake. De todos modos, intentaré convencerle de que sus chistes no son la mejor manera de enfrentarse con la visita de un grupo de congresistas. Vuelve a la cama. Lamento haberte despertado.

—Espera un momento —atajó Ferrel inmediatamente. Movié la cabeza y pensó en lo bien que le iría en aquel momento una taza de café para aclarar las ideas—. Creía que el comité de investigación no vendría hasta la semana que viene.

Como buen pescador, Palmer le concedió todavía unos segundos antes de tirar del sedal.

—En efecto, pero me han llegado rumores de que han cambiado los planes. Llegarán aquí esta mañana, acompañados de una cohorte de expertos y periodistas. Y con el proyecto de ley presentado en el congreso... En fin, que pases un buen día, doctor.

En su fuero interno, Ferrel soltó un juramento. Sabía que todo lo que tenía que hacer era colgar. Habérselas con el comité era responsabilidad de Palmer; era su central la que se tendría que trasladar a alguna zona desértica si el proyecto de ley era aprobado. El trabajo del doctor tan só-

lo consistía en ocuparse de la salud y la seguridad de los hombres.

—Tendré que consultarlo con Emma —gruñó por fin—. ¿Dónde estarás dentro de diez minutos? ¿En tu casa?

—No, estoy en la planta.

El doctor miró el reloj. Acababan de dar las seis. Si Palmer se tomaba todo aquello con tanta seriedad... Pero, por otra parte, aquel día era el último de las breves vacaciones que Dick pasaba en casa antes de volver a la facultad de Medicina, y, desde hacía una semana habían estado haciendo planes para salir. Emma había empeñado su corazón en que resultara un día familiar lleno de felicidad.

Un ruido, procedente de lo alto de la escalera, le hizo volver la cabeza. Emma estaba allí, con un albornoz de algodón y unas zapatillas viejas. Con el cabello suelto y sin maquillar parecía una chiquilla que hubiera crecido en una noche sin que todavía alcanzara a comprenderlo. En su rostro no se reflejaba expresión alguna; había aprendido a disimular sus sentimientos en la época en que Ferrel ejercía la medicina general. Sin embargo, la rigidez de los músculos del cuello y la manera en que ceñía el cinturón a su figura, quizás un poco demasiado delgada, revelaban claramente que había escuchado la conversación y que no le había gustado nada.

Desde lo alto de la escalera se encogió de hombros, movió la cabeza y trató de sonreír al tiempo que empezaba a descender los escalones ayudando a su cadera enferma.

—El desayuno aún tardará —dijo con calma—. Trata de dormir un rato. Yo despertaré a Dick y le explicaré la situación.

Y se dirigió a la cocina mientras él volvía al teléfono:

—Bien, Palmer. Iré. ¿Te parece bien a las nueve?

—Gracias, doc. A esa hora irá bien —repuso Palmer.

Emma ya estaba preparando café en la cocina. El doctor se volvió hacia ella y dudó.

Tenía razón: necesitaba un rato más de sueño.

Pero el sueño no iba a venir. La capacidad de adaptación de su juventud había desaparecido hacía tiempo e incluso los hábitos más firmes de su vida adulta parecía que empezaban a fallar. Quizá Jake acertaba con sus bromas y efectivamente se estaba haciendo viejo. Se había descubierto a sí mismo observando la figura firme y musculada de su hijo y le recordaba la suya a la edad del muchacho, tan distinta de la que ahora se reflejaba en el espejo.

La situación en que se encontraba la planta le seguía preocupando. No le había prestado atención a la reacción cada vez mayor de la gente contra las actividades atómicas. Finalmente, se habían visto forzados a reconocer la atmósfera de tensión entre los obreros ocasionada por el repentino aumento del miedo a las plantas atómicas tras tantos años de conformismo.

Ahora se celebraban mitines de protesta y se habían remitido al Congreso una serie de propuestas de ley mal redactadas e imprudentes que pretendían obligar a las plantas atómicas a ubicarse lejos de las zonas habitadas. A pesar de todo, el doctor no les había otorgado más importancia que la de los ruidosos escándalos que de vez en cuando se producían. Sin embargo, si Palmer se lo tomaba todo tan en serio tal vez debería reconocer que se había equivocado. Quizá las cosas habían empezado a ir mal unos meses antes, cuando la crisis de la central atómica de Croton. En realidad, sólo fue un incidente de poca importancia, pero tuvo como resultado la contaminación radiactiva, en un grado muy pequeño, de unos doscientos cincuenta kilómetros cuadrados; parecía no ser culpa de nadie, pero todo ello generó un escándalo que ocupó las páginas de los periódicos durante nueve días y sirvió como blanco de todas las supersticiones y miedos ya enterrados sobre el poder atómico.

Ferrel se levantó por fin y empezó a vestirse, sorprendido del tiempo que ya había transcurrido. El aroma de las galletas calientes llenaba la casa y advirtió que Emma esta-

ba preparando la última comida que iba a hacer toda la familia junta en las únicas vacaciones que su hijo podría conseguir. Pudo oír cómo despertaba a Dick y cómo le explicaba la situación mientras se afeitaba. El muchacho pareció mucho menos disgustado ante el cambio de planes de lo que había dado a entender Emma; parece que los hijos siempre se preocupan menos que los padres en lo referente a estas cosas.

Cuando el doctor bajó, el muchacho ya estaba sentado a la mesa y ojeaba las páginas de la edición de la mañana del *Republican* de Kimberly. Levantó la mirada y le pasó la mitad del periódico.

—Hola, papá. Lástima lo de hoy. Pero mamá y yo hemos decidido llevarte en mi coche al trabajo para que todavía podamos vernos un ratito más. Me temo que esa chifladura antiatómica se está poniendo seria, ¿eh?

—Palmer está preocupado, eso es todo. Tomar todas las precauciones es parte de su trabajo.

En aquellos momentos, el doctor se sentía más interesado por las galletas y la miel.

Dick agitó la cabeza.

—Mira el editorial —le advirtió.

Ferrel lo buscó, aunque por lo general no se dignaba leer los monótonos editoriales de los periódicos de la cadena *Guilden*. Vio que iba firmado y escrito como si definiera la línea política del periódico. Trataba del proyecto de ley de traslado de todas las plantas dedicadas a la transmutación atómica o a la creación de isótopos radiactivos a zonas situadas por lo menos a setenta y cinco kilómetros de cualquier población de más de diez mil habitantes. Aparentemente, se trataba de un estudio objetivo del proyecto, pero situaba en la misma balanza los beneficios que aportaba a la industria y el peligro para la salud de los niños expuestos a fugas radiactivas accidentales. Demostraba, a la luz de la razón, que las plantas atómicas debían permanecer donde estaban, pero desde el punto de vista emotivo argüían

todo lo contrario. Y muchos, los más de los lectores, preferirían ajustarse a las emociones antes que a la razón.

En la primera página llamaba la atención la noticia de un mitin público a favor del proyecto de ley. El número de asistentes y la lista de oradores había producido una segunda sorpresa. Antes de constituirse la Compañía de Productos Atómicos National en las cercanías de la ciudad, Kimberly no había sido más que una pequeña población como tantas otras de Missouri. Ahora, el número de habitantes ascendía a cerca de cien mil, y su bienestar dependía casi por completo de la National; existían otras industrias, pero no eran sino empresas filiales de la National. Incluso aquellas que no dependían de los isótopos artificiales seguían necesitando de aquella energía barata que se podía considerar como producto de desecho del átomo.

No le importaba lo que gritaran los demás periódicos de Guilden, ni lo histéricas que se pusieran las ciudades, pues consideraba casi increíble encontrar una reacción de aquel tipo en aquella población. Disgustado, apartó el periódico sin preocuparse siquiera por los resultados deportivos. Miró la hora con malhumor.

—Creo que será mejor irnos ya.

Emma volvió a llenarle la taza y a continuación subió cojeando la escalera para terminar de arreglarse. Ferrel observaba sus lentos pasos algo preocupado. Hubiera sido preferible comprar una de esas casas de un solo piso que ahora volvían a ponerse de moda. Mejor aún hubiera sido un ascensor interior, pero la educación de Dick no les dejaba suficiente dinero para ello. Quizás el año siguiente, pensó, cuando el chico acabe los estudios...

—Papá —dijo Dick, con el semblante serio en esta ocasión y la voz suficientemente baja para que su madre no pudiera oírle—. Papá, en la escuela hemos estado discutiendo sobre este tema. Después de todo, la medicina tiene que usar algunos de los isótopos que fabrica la National, por lo que nos incumbe a todos nosotros. Hay algo que me

preocupa: supón que te llamaran al Congreso a declarar sobre el peligro que se corre.

Ferrel no había pensado en ello. «Supongámoslo.» Podía suceder; y él era uno de los más conocidos especialistas en la materia.

—Bueno, no tengo nada que ocultar. A mí no me perjudicaría contarles toda la verdad.

—Si es eso lo que buscan. Y si el hombre que lleva el caso no va tras una buena publicidad en los periódicos de Guilden.

La respuesta de Dick estaba cargada de indignación, pero al instante se volvió hacia las escaleras y se apaciguó. Emma le contemplaba desde arriba.

El doctor terminó el resto del café y salió tras su hijo en dirección a su pequeño convertible impulsado por una turbina. Normalmente prefería el autobús de la central, más lento pero totalmente seguro, pero hoy no podía oponerse a los deseos de Emma. Subió a la parte de atrás, murmurando entre dientes. El viento le azotaba. Casi era imposible mantener una conversación entre el silbar del aire contra el parabrisas deportivo y el rugido sordo de la turbina, a la que había cortado la mitad del silenciador para dar una falsa sensación de potencia. Bueno, quizá las muchachas que parecían encontrar divertidos los coches trucados crecerían y dejarían de prestar atención a tales nimiedades, pero tenía serias dudas al respecto. O quizás era —volvió a pensar— que simplemente se estaba haciendo viejo. Observó, a lo largo de aquellos veinte kilómetros de carretera, cómo las casas de pisos se iban transformando en hileras interminables de parcelas urbanizadas que habían ocupado todos los rincones de Kimberly, cajas prefabricadas con techos convertibles que se repartían en pequeños grupos, todos iguales. La mayor parte de aquellas casas mostraban señales de que el remolque había sido su antepasado más próximo, y en algunas todavía se podían ver las ruedas que llevaban al salir de la fábrica, lo que probablemente indica-

ba lo poco que confiaban sus dueños en permanecer en su empleo una larga temporada.

Había un gran atasco y en algunos puntos avanzaban a paso de tortuga. El doctor oyó, procedentes de un coche que se encontraba a su lado, varios insultos típicos de los habitantes del estado. Alguien tocó la bocina y otro conductor gritó:

—¡Apartaos, atómicos de mierda! ¡No os queremos aquí!

¡Atómicos! Tres años antes, ser un «atómico» equivalía casi a un seguro de respeto y buen nombre. Los tiempos, al parecer, estaban cambiando.

Al acercarse a la central fueron apreciando otros muchos cambios. En las puertas de las casas se veían más y más letreros de «se vende». En otros tiempos se concedían primas extras a los que se alojaban junto a la carretera que llevaba a la planta. En la actualidad, el temor por la salud de las familias de los operarios parecía ser más fuerte que el deseo de tener fácil el camino hasta el trabajo. Quedaba claro que ni siquiera los que estaban más íntimamente ligados a la National eran inmunes a la creciente preocupación.

Cuando por fin dejaron la carretera principal y tomaron el camino privado que llevaba a la entrada principal, se sintió casi aliviado. El racimo extenso y casi sin pies ni cabeza de edificios públicos, oficinas y convertidores cubría varias hectáreas a poco más de un kilómetro de la carretera principal. En aquel punto el terreno era casi desértico, y estaba cuidado por una brigada de operarios que mantenían en buenas condiciones las plantaciones de flores ornamentales. Las leyes ordenaban que existiera una zona de seguridad alrededor de las plantas atómicas, pero aquello no había sido una gran dificultad para la National. Más allá se extendía una gran zona de tierra estéril, que iba hasta un salobre lago y un pantano situado junto a él.

Al menos, esa zona era útil, puesto que servía como depósito para los desechos no radiactivos. Incluso el ramal del

tren que salía de la línea principal distaba a casi tres kilómetros de los edificios de la planta.

Anteriormente, al principio, sólo había existido la central nuclear de energía eléctrica, una de las primeras que se construyeron para suministrar la energía que necesitaba St.Louis. Se conseguía gracias a la fisión atómica, en lugar de usar petróleo o carbón. Pero posteriormente dos jóvenes científicos, llamados Link y Hokusai, habían descubierto un nuevo campo de aplicaciones para el átomo y habían sido destinados allí para desarrollar sus teorías.

En los inicios de la ciencia nuclear se había descubierto que el plutonio no era el elemento más pesado que podía existir; se podían crear otros de mayor peso atómico —como el plutonio y el neptunio— introduciendo mayor número de neutrones en los átomos.

Pero tales elementos tendían a hacerse cada vez más inestables a medida que se les añadía masa. Varios de estos elementos se desintegraban casi instantáneamente. Pero los dos científicos descubrieron que, si se podía conseguir que esta desintegración no tuviera lugar aunque se aumentara el número de electrones, se llegaba finalmente a un nuevo nivel en el que los elementos producidos se volvían progresivamente estables otra vez. Tales átomos —superpesados— no habían existido nunca en la naturaleza, pero en la mayoría sus características les hacían extremadamente valiosos.

La National había llegado a su potencia actual gracias al desarrollo y producción de isótopos pesados, y la energía que producía era ahora solamente un subproducto, a pesar de que la planta cubría todas las necesidades energéticas de Kimberly.

Ferrel notó cómo Emma se ponía rígida al acercarse a la puerta principal, pero Dick recordó lo que su madre pensaba y se dispuso a frenar. Emma tenía un temor casi patológico a entrar en la central, basado en el convencimiento, totalmente falso, de que había perdido su segundo hijo de-

bido a la radiación. Sus peores pesadillas tenían como centro la planta. Sin embargo, el doctor había abandonado hacía tiempo cualquier tentativa de razonar con ella, igual que ella había aprendido a aceptar que su esposo siguiera trabajando allí.

Salió del coche, estrechó con calor la mano de Dick y les observó partir a toda velocidad. Entonces, súbitamente, la sólida familiaridad de cuanto le rodeaba hizo que desapareciera el temor en el que se había visto inmerso. La planta era un mundo completo, atareado y densamente poblado. Nada iba a desarraigarla de allí. Saludó con la mano al guarda, que le dedicó una sonrisa, y se encaminó hacia el interior, absorto ante la visión, el sonido y el aroma de aquel lugar.

Los caminos de grava se hallaban transitados por la masa habitual de jóvenes fornidos que a aquella hora, las nueve de la mañana, se dirigían a su turno laboral. La cafetería se encontraba repleta de hombres que tomaban la última taza de café antes de dirigirse a sus puestos. Le abrieron paso entre sonrisas cuando se mezcló entre ellos. Aquello complacía al doctor, sobre todo porque no se molestaban en interrumpir sus típicas peleas amistosas, como deberían hacer ante cualquier otro miembro de la directiva de la central. Hacía ya mucho tiempo que para todos aquellos hombres él era simplemente el doctor.

Les fue dirigiendo saludos, se coló entre ellos y volvió a salir del local en dirección a la enfermería con paso calmo. A su edad un hombre empezaba a darse cuenta de que la comodidad y el relajamiento eran cosas que valía la pena cultivar. Además, no veía razón alguna para desperdiciar la magnífica comida que llevaba en el estómago en unas prisas que sólo le podían producir una mala digestión. Se dirigió a la entrada y fue apagando el cigarrillo en un gesto reflejo adquirido mucho tiempo atrás, aunque ya hacía años que había desaparecido de la pared el cartel de «prohibido

fumar», y pasó ante la consulta hasta llegar a la puerta en la que se leía:

ROGER T. FERREL

Médico jefe

Como siempre, un penetrante olor a aire viciado llenaba la sala, repleta de restos de esto y de aquello. Su ayudante ya estaba allí, revolviendo el escritorio de Ferrel con el descaro habitual en él. Ferrel no ponía ninguna objeción a que lo hiciera; las poderosas y roqueñas manos de Blake y su mente preclara eran siempre una lección de eficacia.

Blake levantó la mirada y sonrió con confianza.

—Hola, doctor. ¿Dónde demonios guardó usted el gas para el mechero? ¡No se preocupe, ya lo he encontrado! Pensaba que iba a tomarse el día libre.

—Mala suerte —Ferrel volvió a colocarse el cigarrillo en la boca y se instaló en la anticuada silla forrada de piel, al tiempo que movía la cabeza—. Palmer me llamó esta madrugada. Volvemos a tener una emergencia.

—Y tenemos que cargar con ella. No sé ni por qué venimos, si no ocurre nunca nada en serio. Fíjese ayer, por ejemplo. Tuve tres casos de pies de atleta —creo que sería conveniente redactar un memorándum sobre las duchas para que se utilice más desinfectante—, un muchacho con supuraciones en la nariz, los hipocondríacos habituales y un tipo con una astilla clavada en el dedo pulgar. Nos vienen con todo menos partos, y si no hay de éstos es porque no pueden tenerlos. No hay nada que no pudiera esperar una semana o un mes en tratarse —chasqueó los dedos—. ¡Ah, casi lo olvidaba! Si no tiene nada que hacer esta noche, Anne y yo celebramos el décimo aniversario de vida en común y quisiéramos que vinieran usted y Emma. Dejemos que el muchacho lleve la consulta esta noche.

—Es una buena idea, pero será mejor que deje de llamar muchacho a Jenkins.

Ferrel torció los labios con una media sonrisa al recordar la época en que siempre estaba tan serio como el nuevo médico; tras sólo una semana de prácticas no podía haber aprendido todavía que el destino no le había designado precisamente a él para salvar el mundo.

—En realidad, tuvo el primer caso auténtico anteayer y lo atendió él solo, así que ya se merece que le llamemos doctor Jenkins.

Blake también tenía sus recuerdos.

—¿Lo cree de verdad? Me parece que acabará dándose cuenta de que todo lo que hizo por sí mismo fue gracias a usted. Además, ¿qué fue lo que hizo?

—Lo de siempre: quemaduras simples por radiación. Por mucho que les insistamos a los hombres que vienen por primera vez al trabajo, la mayor parte no comprenden la razón de usar tres escudos protectores de una eficacia del noventa y cinco por ciento cuando el escudo protector del convertidor absorbe el noventa y nueve coma nueve por ciento de la radiación.

Matemáticamente, se comprobaba que los tres escudos protectores rebajaban la radiación a un simple ochenta por mil de lo que se escapa del escudo principal, pero era difícil convencer a los obreros de que la protección multiplicada del escudo principal más los personales la hacía bajar a cotas insignificantes.

—El tipo se las arregló para deshacerse de dos de los escudos y en seis horas recibió la misma radiación que se recibe en un año. Probablemente ahora estará en su casa, sudando y esperando que no le despedamos.

El accidente tuvo lugar en el número Uno, el primer convertidor, alrededor del cual la National había construido el actual control de radiactividad artificial, que se había levantado hacía ya tiempo, antes de que Wemrath y Caltech encontraran el modo de utilizar algunos de los isótopos su-